

maestro de niños, asalariado para esto, y no sólo a indios, pero también a los negros y gente de servicio de los españoles. Y para saber el aprovechamiento que tenían iba preguntando a uno el *Pater noster*, a otro el *Ave María*, y a otro el *Credo*, y de esta manera discurría por la demás doctrina; y al que preguntaba y no sabía, reprehendía, como padre muy amoroso, y lo amonestaba caritativamente, representándole la obligación que tenía, siendo cristiano, en saber aquellas cosas que eran forzosas para su cristianidad. Bien se echa de ver en este cuidado el deseo que tenía de la salvación de las almas, y lo poco que cuidaba de su estimación, a imitación de Cristo señor nuestro, que a trueque de justificar pecadores comía con ellos y se les entraba por las puertas y no hacía caso del poco que de él hacían los fariseos, por verle ocupado en estas cosas.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo el santo varón, con ser obispo, fue observantísimo de su regla y muy solícito en su oficio, y de la abstinencia, pobreza y humildad que siempre tuvo*



UE ESTE BENDITÍSIMO PRELADO MUY AMIGO de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprehendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad que no permitía que alguno de su casa estuviese ocioso; fue amicísimo de la limpieza, por lo cual jamás consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella, ni nunca consintió que por alguna ocasión subiese mujer a lo alto y aposentos de ella, antes lo tenía todo cerrado, como un monasterio, porque sabía (como quien también sabía) que la ocasión suele derribar los más fuertes y robustos corazones, como sucedió a David, en la vista de Bersabé; y a Holofernes, en la de Judith, y el que ama el peligro (como dice el Espíritu Santo)¹ perecerá en él y trairía a la memoria aquellas palabras del sabio,² en los *Proverbios*, que dice: El que ama la puridad y limpieza del corazón, será querido y amado del rey, por la gracia y honestidad de sus palabras, porque en ellas se trasluce su corazón, diciendo Cristo que la abundancia de él rebosa por la boca, y siendo tal será estimado del rey del cielo, que es Dios, y de los de la tierra, que son los hombres,³ los cuales (como dice Lira) antiguamente no consentían a ninguno en su servicio y presencia, que no fuese limpio y casto. Y esta virtud, que tanto resplandecía en este bendito prelado, debió de ser mucha parte para conocer en él el invictísimo emperador la idoneidad que tenía para ser padre primero de esta mexicana iglesia que, aunque es verdad que en todos tiempos son necesarias personas tales, fue, empero, muy conveniente que en aquellos primeros resplandeciese la perfección de este venerable y religioso padre, donde la altura de

¹ 2. Reg. 11. Iudith 10.

² Prov. 22.

³ Math. 12.

la vida secular era tanta; que para parecer república muy desconcertada y perdida esta de la Nueva España, ya le faltaba muy poco y viniera, sin duda, a dar muy grande caída, si los hombres de tan apostólico prelado, con la ayuda de los pobres frailes mendicantes que entonces había en ella no la sustentaran.

No le daban gusto las ceremonias excusadas del mundo, y aborrecía los cumplimientos vanos y sin provecho. En su comer, beber y vestir, era muy limpio, aunque comía y vestía pobremente, y solía decir que el clérigo y religioso habían de traer sus vestiduras limpias, aunque pobres y remendadas, por la dignidad de su oficio. Siendo obispo vivió como muy perfecto religioso, así en preciarse de la humildad y pobreza, en lo que tocaba a su persona, vistiéndose como en la orden, de áspero vestido y durmiendo en pobre cama, como en levantarse a maitines a media noche y comer siempre con lección y silencio, y no permitir que se trajesen a su mesa más raciones y platos de lo que suelen comer, comúnmente, los religiosos en sus conventos; porque sabía este bendito prelado que aunque quedaba libre (siendo obispo) de las reglas y estatutos de la religión, cuanto a su obligación legal (aunque no de los tres votos esenciales) no quedaba libre de esta obligación, cuanto al vínculo moral, cómo dicen algunos sumistas; porque cosa de mucha edificación es, teniendo la mitra y báculo, preciarse también de fraile, guardando lo que los otros frailes guardan; y así lo dice Cayetano,⁴ y esto conservó este apostólico varón todo el tiempo de su vida. Los tapices y paños de su casa eran muchos y buenos libros, porque era amicísimo de letras y de los que las tenían con humildad.⁵ En las misas y órdenes que celebraba y otros actos pontificales, y en predicar la palabra divina su muy venerable persona, representaba bien la dignidad que tenía. Mas fuera de estos tiempos y oficios de autoridad, tratábase como fraile menor, humilde, acordándose de Cristo señor nuestro, que dice por San Mateo:⁶ Que el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir; y en otras palabras, antes de éstas, que advierta el que ha de ser prelado en su iglesia que ha de ser humilde ministro y, el primero en dignidad, siervo de todos en todas las cosas.

Y como era verdadero ministro evangélico hacía el oficio de la crisma y confirmación, con tan gran espíritu y lágrimas, que movía a devoción a los que presentes se hallaban, y cuando lo ejercitaba no se acordaba de comer, porque tenía por manjar hacer la voluntad de nuestro señor Dios, dándoles a estos nuevamente convertidos el sacramento, que con devoción pedían, ni jamás se cansaba, ni había otro remedio para acabar más de quitarle la mitra de la cabeza, y ausentarse los padrinos; porque si esto no hacían estuviera hasta la noche confirmando. Cuando iba a confirmar, y visitar su obispado, las más veces iba casi solo o con muy poca gente, por no dar vejación a los indios, y confirmábalos con candelas que él de su casa llevaba, por no los echar en costa y porque algunos no dejasen de confir-

⁴ Caietan. in corpore 27 qq cap. 27.

⁵ Div. Thom. 2. 2 q. 85. art. 8.

⁶ Math. 20.

marse, por falta de un real o medio que podía valer la candela, considerando su mucha pobreza y miseria. Era tan fraile de Santo Domingo y de San Agustín, en la afición, familiaridad y benevolencia, como de San Francisco, porque con una misma igualdad de amor y voluntad, trataba con todos, así en obras como en palabras, con lo cual era a todos amabilísimo. Esforzábalos mucho y amonestábalos a que aprendiesen las lenguas de los indios y a que trabajasen, sin cansarse, en la viña tan amplia del Señor, donde estaban puestos por sus obreros. Defendíalos también de los que los perseguían y calumniaban, oponiéndose a sus contrarios, como la gallina al gavián, cuando le acomete a sus pollos; acordábase este santo obispo, que dice Dios en los *Proverbios*:⁷ Haz bien, cuando pudieres hacerlo. Y que dice San Pablo:⁸ Que el que lo es ha de ser caritativo y misericordioso, y en ninguna cosa más se manifiesta la misericordia que en dar limosna y hacer bien a pobres y necesitados. Por esto hacía muy grandes y largas limosnas a los religiosos, dándoles, en común y en particular, lo que habían menester de libros, vestuarios y otras cosas, y ofreciéndose a todo lo demás que le quisiesen pedir. Proveía, abundantemente, lo necesario a las enfermerías de los tres conventos de Mexico, que en aquel tiempo no había otros; y porque sabía que esta obligación de dar limosna es muy propia de los eclesiásticos, en especial de los obispos, por ser como dispenseros y mayordomos de los pobres: por esto también, en la misma ciudad, hacía otras muchas limosnas a mujeres viudas y huérfanos y pobres necesitados; y todos se admiraban, cómo con tan poca renta hacía tanta limosna. Una vez, no teniendo que dar a un indio que le pidió limosna, le dio el paño con que se limpiaba el rostro. Edificó en Mexico las casas arzobispales y el Hospital de San Cosme y San Damián para curar en él los enfermos de enfermedades contagiosas. Edificó también la enfermería antigua de el monasterio de San Francisco, adonde estuvo su retrato, sacado al natural. Y no dejó de importunar a los religiosos, que le dejasen edificar todo el monasterio; lo cual ellos no permitieron por el mucho celo que aquellos benditos padres tenían y amor a la santa pobreza. En Durango, su patria, puso cierta renta para sustento de religiosas beatas y para que fuesen proveídos los frailes y pobres que allí llegasen.

Cuando le venía de España algún pariente, hacíale que ejercitase el oficio que sabía, y con él ganase de comer; y decíale que no esperase mayorazgo ni mercedes, por ser deudo de obispo; y favorecíale en lo que justificadamente podía, por ser lícito a los obispos dar de comer a sus deudos pobres, para que no caigan de su estado y se conserven en él; pero no más de lo lícito y honesto; para cuyo ejemplo tenemos al santísimo pontífice Pío Quinto, honra, y gloria de la orden de Santo Domingo, que siendo príncipe de la iglesia, no quiso, a petición de los señores cardenales, dotar a una sobrina suya con más de mil ducados; porque decía este santo varón que como a pobre la casaba y para su sustento era muy sobrada aquel dote; y este admirabilísimo y ejemplar caso nos dejó escrito, para perpetua memo-

⁷ Prov. 3.

⁸ 1. Ad Tim. 3.

ria, Navarro, en su tratado, de las rentas eclesiásticas. Visitaba los hospitales y él mismo curaba los enfermos, con mucha caridad. Su librería, que era mucha y buena, repartió, dejando parte de ella a la iglesia mayor y parte a los conventos de las tres órdenes. Sabía que la carne mortificada sirve mejor al espíritu y el cuerpo penitente, se sujeta mejor a la razón; por esto ayunaba los ayunos de la regla de nuestro padre San Francisco, como cuando estaba sujeto a la orden y algunas veces la cuaresma, que llaman de los benditos, porque el bienaventurado San Francisco, mi padre, echó su bendición a los que la ayunasen, que es desde la fiesta de los Reyes, hasta cuarenta días continuos. Sin esto ayunaba otros días por su devoción. Y porque el demonio no tuviese parte en las culpas que por omisión o remisión podía cometer, como hombre, iba los viernes al monasterio de San Francisco y decía su culpa en el capítulo de los frailes, como los mismos frailes lo acostumbran y recibía, con extraña humildad, las reprehensiones y penitencias que le daba el que allí presidía; y esto hizo más veces el tiempo que estuvo electo, antes de consagrarse. Una vez colgaron en su casa unos paramentos de lienzo de la tierra; y como fuese (como solía) al convento de San Francisco, dijéronle algunos frailes, sus amigos y devotos, que ya era obispo y no fraile, pues había compuesto su casa como obispo. Sintió esto dentro de su alma el santo prelado; y volviendo a su casa, él mismo comenzó a derribar los paramentos o cortinas, y decía a los de su casa con lágrimas: Dícenme, que ya no soy fraile, sino obispo; pues yo más quiero ser fraile, que obispo. ¡Oh bienaventurado varón, que pudiendo usar de estas colgaduras honestas, siendo, como era, obispo, cedió el derecho de su dignidad y lo sujetó al estado de pobre fraile de San Francisco! Y porque de éstos hay pocos, los señala como con el dedo, el Espíritu Santo,⁹ y dice: ¿Quién es éste y alabarle hemos? Y mostró muy bien desear más ser fraile pobre, que obispo; pues luego procuró renunciar el obispado, aunque no tuvo efecto su renunciación; porque ni el papa, ni el emperador quisieron condescender con su petición.

Cuando no tenía compañero religioso que lo confesase en su casa, se iba a confesar al convento de San Francisco, que no está cerca, sino algo lejos y se volvía a celebrar a su iglesia, llevándose él mismo el breviario en sus manos, para rezar el oficio divino, y no desdecía esto a su santa autoridad. Aconteció una vez que un hombre honrado, que había venido de el Perú a la ciudad de Mexico, vio a este santo obispo, de esta manera ir solo por la calle, y pareciéndole persona de autoridad, preguntó, ¿quién era aquel fraile? Y como le dijese que era el obispo de la ciudad, maravillado de su mucha humildad y llaneza, dijo: ¡Oh dichosa ciudad, que tal obispo ha merecido tener! No condenó los coches, ni las mulas, pues a la dignidad episcopal se debe toda estimación y autoridad; pero alabo a Dios, en éste su siervo, que tanto se autorizaba con su humildad. Andando algún camino, cuando le acontecía llevar en su compañía religiosos de alguna de las órdenes no quería subir en un humilde jumento, que para alivio de su vejez

⁹ Eccles. 31.

traía, más caminaba a pie con ellos; porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban a pie y muchos de ellos descalzos. Los religiosos, con mucha importunación, le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaba, y que no convenía que una persona de su edad y dignidad se igualase con ellos. A lo cual les respondía, que pues los siervos de Dios andaban a pie, no era justo que él en su compañía anduviese a caballo. Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y díjolo a muchos; y como candela, que cuando se acaba da mayores resplandores, así doblaba los trabajos en todo, castigando más su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre (como dice el Apóstol) porque sabía que en premio de estos humanos servicios, le había de enriquecer Dios con riquezas de el cielo y hacerle libre de el pesado y cargoso tributo, y pecho que pagan los desventurados hombres en el infierno. Y considerando que pasarían algunos años, después de su muerte, antes que viniese otro prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de Mexico, para que en aquella ciudad se viniesen a confirmar los que no se hubiesen confirmado y a recibir el olio santo y crisma los que no lo habían recibido, cuando se bautizaron, que eran muchos; los cuales juntos en la solemne capilla de San Joseph, que está en el patio de el monasterio de San Francisco, confirmó y puso la crisma, y olio santo, a los que no lo habían recibido, ayudándole, en estos actos, muchos sacerdotes que se hallaron presentes.

CAPÍTULO XXXII. *Con cuánta dificultad aceptó la dignidad arzobispal el santo fray Juan de Zumárraga, y de su bienaventurada muerte y sentimiento que por él hizo toda la ciudad*



A SE HABÍAN PASADO CUARENTA Y SEIS AÑOS de la conquista de esta tierra, y veinte y siete que había obispos en ella, habiendo sido el eruditísimo varón don fray Julián Garcés el primero de Tlaxcalla, y este santo fray Juan, de Mexico y otros en otras partes, con que las Indias estaban ilustradas; pero para que de todo punto lo estuviese la dignidad eclesiástica faltaba arzobispo, y este cuidado, aunque ninguno de los de acá le tenían, porque cada cual estaba contento con su suerte, le tuvo muy grande el gloriosísimo emperador, que como padre de estas gentes, trabajaba por magnificarles el reino, impetró de la Silla Apostólica, Bulas para que fray Juan de Zumárraga, que era obispo de Mexico, fuese arzobispo, por ser prelado de la ciudad imperial de el reino mexicano. Éstas le vinieron con cartas de el mismo emperador, las cuales recibió en el pueblo de Ocuituco, pocos días después de lo referido en el fin de el capítulo pasado, donde estaba confirmando; porque como decimos, viéndose tan viejo y cercano a la muerte, trabajaba en este ministerio con la continuación que a los principios, cuando vino a la tierra de la Nueva España. Estos nuevos